

Los infiernos

“(…). Pues él sabía que esta muchedumbre dichosa ignoraba lo que se puede leer en los libros, que el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenios dormido en los muebles, en la ropa, que espera pacientemente en las alcobas, en las bodegas, en las maletas, los pañuelos y los papeles, y que puede llegar un día en que la peste, para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y las mande a morir en una ciudad dichosa”.

Camus, A.

Era aproximadamente el 22 de Enero, tenía la cabeza recargada en el hombro de Salvador, -jamás fui tan dichosa- el sol estaba en su punto, me empapaba la cara, cerraba los ojos y apenas distinguía las sombras monstruosas de la ciudad sobre mí. Son las doce. La hora pico, el transporte lleno, niños, mujeres, hombres, jóvenes que escuchaban nuestras melodiosas risas. Sin embargo, la felicidad se vio pausada, Salvador leyó una noticia en voz alta, “La ONU determina que el virus COVID-19 puede convertirse en una pandemia, se declara estado de alerta”. La sonrisas se borraron en un instante, que fugaz es la felicidad. Llegamos a casa de Salvador y nos acostamos un rato, dormimos juntos, él estaba muy cansado, tenía la garganta irritada, nada importante. Me fui sin despedirme, él durmió toda la tarde.

21 de abril, se ha promulgado la fase tres de la pandemia. Rostros invadidos en pánico...o realmente ¿era preocupación? Ese día trabajaba hasta tarde, pero no tan tarde para no alcanzar el metro. En la Jornada me pidieron una crónica especial sobre el coronavirus, esas cosas de “cómo México está contrarrestando el Covid” y “Es un modelo para otros países”. Estaba vacía de ideas y sin un lugar por donde empezar.

22 de abril, un día pésimo, hoy llamé a Salvador. Salí a buscar algo a la ciudad, el gran monstruo de asfalto estaba vacío, solo. Me conquistó un sonido extraño que interrumpía el agradable silencio, era un hombre con un acordeón, era ilógico que tocara música para unas calles muertas, desérticas. Me acerqué por conmiseración, quizás podía conseguir algo bueno para el reportaje.

-Me llamo Samuel, tengo 58 años y, pues, yo andaba en mi casa pidiendo apoyo y ni en el seguro social me lo brindaron. Si no trabajo, no comemos. Está medio canijo que la gente nos apoye. Tengo las manos atadas y los ojos vendados, o nos morimos de hambre o nos morimos por este cochino virus.

Le salieron unas lágrimas de los ojos, que brillaban en contraste de la atezada piel. Las arrugas como archipiélagos guiaban las pesadumbres hasta el suelo, y ahí hundía los ojos esperando a que la tierra se lo tragara- ¿Cuánto gana usted al día?- pregunté:

-No es lo mismo vivir basureando, pepenando, trabajar al día a que un trabajador que está en una oficina bañado, cambiado, perfumado y con su sueldo fijo, señorita. Nosotros no contamos para el gobierno, nosotros ya estamos muertos, a nosotros no nos va a matar un virus a nosotros nos va a matar el hambre.

Don Samuel me llevó hasta donde vivía, ahí conocí a Doña Blanca de sesenta años, y sus dos pequeñas nietas de siete y nueve años.

-Doña Blanca, cuéntame de usted.

-Yo era costurera, pero se detuvo todo, ya no he traído maquila. A veces mi esposo trae que los cincuenta, que los cien pesitos de lo poquito que saca. Hay días que nos hemos quedado con hambre, o con pura lentejita pa' las niñas.

-¿Cómo se enteró de lo que estaba pasando, tiene televisión? -Parece que le dio risa mi pregunta y asomó los dientes-

-Teníamos una tele grandotota, pero ya hace mucho que nos quitaron la señal y pus ya no la veo. Ahora sólo escucho el radio, todos hablan del virus ése, quesque de la Susana distancia esa, Dios sabe cuántas cosas. A mí me gusta escuchar a mi Pedrito cantando "Mas allá de tus labios,/ del sol y las estrellas,/ contigo en la distancia/ amada mía estoy.

-¿Cómo se llaman sus niñas?

-... no me acuerdo, perdí el registro. De todas formas, la enfermedad no distingue, no sabe de nombres de niños, de viejos. La necesidad es aún más fuerte.

Argüí, ya no había más preguntas y sobraban respuestas. Vi a lo lejos a una niña jugando, andaba de la mano con su hermana, las dos eran muy delgadas.

Regresé a casa atestada por lo que había visto. Dormí por horas, me enteré en la mañana que la cuarentena se aplazó hasta el 31 de Mayo. Fui a la cocina y busqué algo de desayunar. En mi trabajo me pedían una nota que exhibiera la parte positiva de esta pandemia, pero ¿cuál era, exactamente?

Pasaron dos días y yo me sentía mal, quizás era por culpa o remordimiento. Preparé una despensa, fui al cajero, retiré todo mi sueldo, incluido la pensión de doctor de Salvador. Eran las cuatro de la tarde, busqué a Don Samuel en el Zócalo, caminé hasta Bellas Artes, no había nadie. Escuchaba las risas que venían de algunos edificios. En las vecindades había algunos niños jugando a la pelota, niñas se tomaban de las manos y cantaban: "Doña Blanca está cubierta de pilares de oro y plata, romperemos un pilar para ver a Doña Blanca".

Llegué a la casita de don Samuel. Era extraño, ahí no estaban las niñas jugando. Tampoco había nadie en casa. Caminé decepcionada de mi buena fe hasta bellas artes. Llamé a Salvador con la esperanza de que contestara. Logré reconocer a un hombre con una charra roja de cuadros. Hacía un poco de frío, me acerqué al hombre y tenía una cajita blanca en las manos. Me miró, era don Samuel, después volteó la cara y se agachó para mirar la cajita. Era la segunda vez que lo veía llorar.

-Nada más me alcanzó para una cajita, señorita. Aquí está mi Blanquita y mis nietecitas, las contagiaron, señorita, las contagiaron. El patrón de mi Blanquita le llevó maquila, el patrón ya está bien, pero yo me quede la peor parte, señorita. Los ojos se le llenaban de lágrimas y temblaba.

Le dejé el dinero y la despensa a Don Samuel. Era tarde y ya no podría tomar el metro. Caminé a casa de Salvador. Unas bandas amarillas rodeaban el edificio. Mientras, oía

salir voces de aquellos grandes edificios, ahí vivían cerca de cincuenta y seis familias. Y se escuchaba “doña Blanca... está cubierta de pilares de oro y plata, romperemos un pilar para ver a doña Blanca...”

- Señorita, no puede entrar al edificio, le decían los hombres que sacaban algunos cuerpos en camillas.
- Me alejé desesperada, salí corriendo a buscar una tumba sin muerto o un muerto sin tumba. Volví a leer la crónica de hace tres semanas:

MEDICOS Y ENFERMEROS ARRIESGAN LA VIDA

Servicio decadente del sector salud

Hace tres semanas hubo un incremento en los contagios del nuevo virus COVID-19. En la delegación Azcapotzalco se encuentra la colonia San Álvaro, en la calle de Grecia a la altura del número treinta y siete existe una vecindad muy antigua, aquí hubo un brote de COVID muy fuerte. Algunos centenares de familia fueron desalojados. Por desgracia, había grupos muy vulnerables. El doctor Salvador junto con su equipo se trasladó al lugar. A pesar de su gran valor, este héroe perdió la vida. Hasta el momento, es el único médico fallecido por las complicaciones derivadas del COVID.19. El joven de 28 años murió ayer a las 15 horas. El juramento hipocrático dejó de tener validez cuando una niña de siete años estaba en estado crítico, la pequeña falleció.